

to, que debía constituir una «causa célebre,» al exámen del Senado, observando despues una actitud friamente pasiva que pronto dió lugar á la pérdida de Pison. Si bien, como hemos dicho, no pudo probarse de manera alguna el envenenamiento de Germánico, Pison, ante la presion creciente de las acusaciones que contra él se dirigieron, pudo juzgar que no habia para él salvacion posible. Cuando finalmente hasta su perversa esposa se separó de él, obteniendo gracia para sí por las reiteradas instancias de la anciana emperatriz madre, el desgraciado no esperó ya su sentencia, sino que se suicidó. Trece años despues, cuando Livia y Agripina habian fallecido ya, fué acusada Plancina por el emperador de otros crímenes, y tambien ella se dió la muerte.

La separacion que la catástrofe de Germánico estableció entre el emperador y los romanos de la capital no desapareció ya. Verdad es que desde un principio las relaciones entre ambas partes no fueron muy amistosas, pero esto no debe admirarnos si examinamos bajo el punto de vista histórico el carácter y la situacion de aquel emperador. El carácter de Tiberio es aun hoy día un problema histórico. A excepcion de algunos críticos, entre ellos el emperador Napoleon I, hasta el presente todos formaban de Tiberio, entre los príncipes de la antigüedad, un juicio análogo al formado sobre el ateniense Cleonte entre los demagogos del mundo antiguo. Pero lo mismo que este último, ha encontrado Tiberio algunos defensores, casi admiradores, en la época presente, y la batalla científica que se ha sostenido acerca de este punto, no ha terminado aun. Nosotros vamos á tratar de caracterizar dicho personaje *sine ira et studio*. Es cierto que toda la habilidad de sus defensores no puede presentar á este emperador como un personaje simpático ó como un grande hombre, pero indudablemente es el mas desgraciado de todos los que llevaron la corona romana. Ya hemos visto su historia desde su mas tierna juventud, y por cierto que no fué muy á propósito para hacer filantrópico y bondadoso al hombre que estaba convencido del mérito de sus hechos y de sus servicios. Cuando por fin su padraastro, que nunca le quiso bien, se vió obligado á dejarle el principado, encontráse Tiberio frente á frente de la nobleza y del pueblo en la desairada situacion de un gobernante considerado por todos con profunda antipatía y que solo por los esfuerzos de sus hijos pudo obtener el tributo de obediencia del fuerte ejército del imperio. La nobleza no queria ver en él al sucesor del poderoso Julio, pues Tiberio no tenia en su favor, como lo tenia Augusto, el haber restablecido la paz y el bienestar de un país agitado hasta en sus fundamentos, era únicamente el representante de una antigua familia de la nobleza que durante los últimos años de la república en nada habia sobrepujado á las demás de su clase y del patriado. El poder del talento y de los servicios políticos prestados y la costumbre adquirida en cuarenta años de dominio en virtud de los cuales Augusto se habia impuesto á las familias nobles, faltaban completamente á su sucesor. Levantábase contra él la renaciente oposicion republicana, que dominaba casi completamente la literatura, mostrándose sumamente venenosa, aprovechando la ocasion de hacer demostraciones en favor de Germánico y despues en favor de su familia para hacer pasar al príncipe por toda clase de humillaciones, con tanto mayor motivo cuanto que las maneras rudas y poco simpáticas de Tiberio hacian que contara con pocos amigos. Además no tenia el carácter alegre, el atractivo y la amabilidad que habian distinguido á Augusto, á Druso y á Germánico, y finalmente, en el momento en que subió al poder tenia ya cincuenta años, habia gastado las fuerzas de su juventud en penosas campañas y no se hallaba ya en situacion de ganar con nuevos y sangrientos triunfos el res-

peto de las grandes familias del imperio. Tampoco entre las masas (para las cuales Augusto habia sido muy popular) pudo Tiberio ganarse las simpatías. Además de que, como verdadero Claudio no podia desmentir el orgullo y la dureza de su familia, ni su carácter sumamente burlo y agresivo, la severidad y tristeza de aquel hombre, cuya potente inteligencia no podia sufrir la adulacion, le hacían ser poco generoso, no olvidar nunca las ofensas, por antiguas que fuesen, y castigar severamente faltas casi olvidadas. Hasta los mismos provinciales, que tenian motivos para felicitarse de su gobierno, le odiaban por mantenerse muy apartado de ellos, y así sucedía que algunas de sus buenas cualidades eran las que mas le separaban de los romanos. Con excepcion de los tres ó cuatro últimos años terroríficos de su principado, la administracion de Tiberio pudiera servir de modelo. Tiberio fué uno de los mejores hacendistas entre todos los emperadores, y al mismo tiempo se ocupó con celo en cuidar de la seguridad pública, cuya policia habia estado muy abandonada. Pero esto no era lo que captaba simpatías á los emperadores entre el pueblo de la capital, que si bien deseaba tener el pan barato, exigía que la corte se ocupara en darle diversiones, esplendentes juegos y espectáculos en el circo y en el anfiteatro. Precisamente en este punto pensaba el emperador de modo muy distinto que sus contemporáneos. Así como Tiberio prescindió de la antigua costumbre romana de hacer ejecutar á los jefes de los enemigos vencidos, y así como, á pesar de que estimuló en todas partes el culto de Augusto, se opuso con toda energía á que durante su vida se le hicieran sacrificios en los altares, se dedicaran sacerdotes á su culto personal y se colocara su imágen en los templos, del mismo modo mostró profunda repugnancia contra la aficion de los romanos de todas categorías á las luchas de gladiadores y á las pantomimas; evitó el verlas y en cuanto le fué posible y en contra de la tradicion de sus antecesores mostró en este sentido una economía muy útil para la hacienda del imperio. Y en el mismo sentido, dedicóse mas á la construccion de edificios útiles que á la de monumentos de lujo.

Presentáronse tambien otras circunstancias que aumentaron mas y mas la antipatía entre Tiberio y los verdaderos romanos, y que de pendiente en pendiente dieron lugar al carácter atroz que, con igualdad de culpa por ambas partes, tomó aquel principado.

Tiberio tenia muy desarrollado el sentimiento del deber, y esto le obligó, como veremos despues, á dedicar á la direccion de aquel colosal Estado toda su fuerza y su no despreciable talento, haciéndolo con sorprendente energía y no escasos resultados. Pero así como dado su carácter, receloso y desconfiado, no pudo llegar nunca á una verdadera satisfaccion interior, de igual suerte fracasaron completamente sus tentativas para captarse por este medio y con disposiciones que hacian honor á su talento de gobierno, las simpatías de la aristocracia, que se hallaba concentrada en el Senado. Por parte de este se le hicieron toda clase de demostraciones de desprecio, ya por medio de alabanzas á Germánico y á la familia de este príncipe, ya por medio de folletos, de libelos y de escritos de todas clases, en que se le trataba de la manera mas feroz. La lucha agitada y ardiente que siguió á estas provocaciones es la que hizo del emperador un desesperado pesimista, un despreciador de los hombres de su tiempo, y convirtió su carácter, que la edad no habia ablandado, en el de un gobernante duro y despótico. El Senado en cambio mostróse cobarde, voluble, muy sanguinario como tribunal, y en algunas ocasiones muy vengativo.

Contribuyó tambien á este resultado un motivo muy poderoso. Si bien Tiberio se mostró tan sencillo como Augusto y

rehusó el que se le tributaran con exceso honores, en cambio en un punto muy importante se separó completamente de la práctica de Augusto. No queria reducir los límites de su poder de príncipe; por el contrario, deseaba completar el sistema de la diarquía, y si por una parte quizás aumentó los derechos y la actividad del Senado, por otra hacia gran uso de su poder de príncipe y no poseía el arte cortesano de su antecesor, de hacer pasar sus decisiones por medio de juegos y grandes regalos.

Tres fueron las principales disposiciones con que Tiberio completó el poder del príncipe. En primer lugar la administracion de la ciudad pasó enteramente á manos del emperador. El cuidado y sostenimiento de los edificios públicos en la capital, era ya atribucion del emperador en los últimos años de Augusto; pero en el año 15 tomó Tiberio á su cargo la regularizacion del curso del Tiber. Los empleados imperiales que despues estuvieron al frente de estas obras en tiempo de Trajano, cuidaron asimismo de las cloacas de la ciudad. Mucho mas importante fué la realizacion que llevó á cabo Tiberio del antiguo plan de Augusto, tomando de un modo permanente la direccion de la policia urbana y estableciendo un director para la capital. Así este emperador fué el primero que nombró un prefecto de la ciudad con carácter fijo.

El excelente L. Pison, hombre que supo conservar en todas épocas una situacion independiente, y que sin dejar de ser enérgico, se mostró humanitario en el ejercicio de su difícil é impopular cargo, fué nombrado prefecto poco despues de la subida al trono de Tiberio. El presidente de la policia, cuyo cargo se daba siempre á consulares, tenia á sus órdenes las cohortes urbanas, y con ellas tenia su cuartel general en el mercado de cerdos. El objeto de aquel cargo era el sostenimiento del orden y de la seguridad en la capital y la policia preventiva, estando bajo la vigilancia del prefecto el circo y los edificios públicos destinados á espectáculos, los mercados y el tránsito por la vía pública. Agregósele la justicia criminal, que poco á poco fué tomando vuelo de un modo arbitrario, dejando en cuadro á los antiguos tribunales del Estado. En un principio tratóse solo de un procedimiento mas corto y enérgico contra los esclavos y los criminales, pero pronto este tribunal, cuyas sesiones no eran públicas, ni tomaba parte en ellas el jurado, se extendió á toda clase de personas y á toda clase de asuntos, de modo que á fines del siglo segundo la prefectura urbana era como un tribunal supremo de la ciudad, del cual únicamente podia apelarse al emperador. Tambien decidía de la aptitud para ser decurion en los municipios italianos.

Mucho mas aprisa y con mas importantes resultados para el imperio y para el principado establecióse un cambio notable en la guardia imperial, cambio cuyas consecuencias no pudo prever ni conocer el profundo observador Tiberio. En los últimos años de Augusto las cohortes de los pretorianos estaban mandadas por el caballero Seyo Estrabon, de Volsinii, en la Etruria, el cual tenia como colega á su hijo L. Elio Seyano, que habia sido acompañante de Cayo César. Seyano, que despues debía ser tan perjudicial al emperador, pertenecía al corto número de romanos en quienes Tiberio tenia puesta confianza y verdadero amor. Como el emperador creía tener plenos motivos para confiar en la fidelidad y en el modo de pensar de aquel oficial, no solo le conservó al frente de la guardia sino que apreciando sus cualidades personales le habia nombrado ayo de su hijo Druso, y además de darle grandes atribuciones militares cuando su padre Estrabon se encargó de la administracion del Egipto en el año 19, le hizo jefe único de la guardia. Posteriormente los demás emperadores, por regla general, volvieron á dividir los

importantes cuidados de aquella poderosa prefectura entre dos. Seyano cambió completamente la situacion de los pretorianos, pues en el año 23 persuadió á Tiberio que llamase á todo el cuerpo á la capital y lo concentrara allí de un modo permanente, pues creía que la práctica seguida hasta entonces no era muy á propósito para conservar la disciplina, el espíritu de cuerpo y los instintos guerreros de aquellas tropas, y que además era mas conveniente tenerlas reunidas para un caso de necesidad. Se estableció, pues, para la guardia, que probablemente entonces recibió su artillería, un campamento fortificado, una ciudadela en la parte Norte de la ciudad, fuera de las murallas, entre la puerta Colina y la Viminal. Entonces fué cuando la guardia se convenció de la importancia que tenia para el imperio; esto no podia ser indiferente para el emperador, ya que no existian á mano otras tropas, y el mismo Tiberio tuvo ocasion de convencerse de ello. La historia nos enseñará la influencia que tuvo para la sucesion al trono la importancia del prefecto y de su cuerpo, del cual una cohorte entera daba la guardia al palacio. Establecióse tambien un cambio en la antigua organizacion de la justicia, y si bien en un principio los prefectos solo tenian jurisdiccion sobre los soldados, como los legados de las legiones, muchas veces el emperador les delegaba el poder judicial para Italia, lo que condujo despues á grandes modificaciones.

El emperador, aunque no completó inmediatamente la trasformacion de la guardia, desde un principio trató de destruir los elementos de poder que restaban aun, representados por los comicios. Tiberio, parte no por instintos aristocráticos sino por su amor al orden y deseo de evitar las agitaciones de la eleccion, parte por tendencia á realizar el prestigio del Senado en oposicion á los comicios, dispuso el año 14, en la eleccion de los pretores, que estos fueran elegidos no por la reunion de los comicios sino por el Senado, y desde entonces se estableció tambien la misma costumbre para todos los cargos que hasta entonces habian sido de eleccion popular. Solo que hasta el siglo tercero los empleados elegidos en los «Comicios del Senado» debian presentarse ante los comicios de centurias ó de tribus, convocados con tal objeto, en los cuales su nombre era proclamado por un heraldo y aclamado en seguida. Este sistema no modificó en nada los medios que empleaba el emperador para influir en parte en aquellas elecciones. Para los cargos en que los emperadores tenian derecho de recomendar, especialmente para la prefectura y la cuestura, Tiberio hacia un uso muy moderado de su derecho: solo cuatro pretores y dos cuestores obtuvieron su cargo de este modo.

El poder legislativo de los comicios no fué suprimido, pero Tiberio lo hizo caer en desuso poco á poco, procurando siempre que se adoptaran resoluciones senatoriales que despues, segun las circunstancias, eran aprobadas por fórmula por los comicios. Era su modo de pensar que en lo posible el Senado las examinase antes, y al Senado presentaba todos los asuntos públicos y privados mas importantes. Dió pues gran latitud á la jurisdiccion del Senado y estableció un saludable temor por el rigor con que persiguió á los gobernadores que se habian mostrado perjudiciales para las provincias y la energía con que castigó las inmoralidades de la alta sociedad romana.

Pero en cambio sentó un precedente fatal para los siguientes reinados, y fué la manera con que fueron perseguidos los llamados delitos de lesa majestad. Aparte de los antiguos crímenes de lesa majestad y de alta traicion, establecidos en los tiempos de la república, se juzgó que un ataque contra un magistrado romano debía considerarse como un ataque á la comunidad y que la muerte ó las heridas causadas á un

empleado debían equipararse al delito de alta traición. Así, pues, desde el establecimiento del principado los delitos contra el príncipe eran castigados con tanto mayor rigor cuanto más alta era la posición de dicho príncipe. Además se siguió el mal precedente establecido por varios tribunales del pueblo en las distintas épocas de la lucha de los partidos en Roma, y el príncipe escudándose en su inviolabilidad tribunicia hacia castigar como crímenes contra la majestad del Estado todas las injurias y acusaciones dirigidas contra él en discursos, escritos y otras manifestaciones exteriores. Dependía exclusivamente del carácter de cada emperador la manera más o menos laxa de interpretar tales leyes. Si bien hasta el tercer siglo del imperio estos hechos eran aislados y bajo el punto de vista del derecho se consideraban como ilegalidades, en tiempo de Tiberio se estableció la peligrosa costumbre de que no solo los pasquines y libelos sobre la vida del emperador y el porvenir de la familia imperial fueran castigados como crímenes de alta traición, sino también las injurias verbales, *imminuta majestas*, considerándose como injurias de esta clase que rebajaban la majestad y debían perseguirse criminalmente las faltas de respeto y reverencia a la persona del príncipe. Añadióse además el faltar al juramento prestado o jurar en falso por el genio del emperador reinante, y los insultos a uno de sus antecesores que hubiese sido consagrado. La astucia de los acusadores públicos hacia que acusaran a todos los que hubiesen cambiado la cabeza de un busto imperial, los que hubiesen vendido estatuas del emperador, los que colocaran otras estatuas en columnas más altas que la imperial y los que ejecutaran otros varios actos de este género.

Fue por cierto muy fatal que el emperador Tiberio, siguiendo su costumbre, presentara todos los procesos políticos ante el Senado en vez de examinarlos él, pues muchos de los repugnantes excesos que se cometieron, especialmente en la época en que Seyano estaba en auge, no se hubieran cometido si su procedimiento se hubiese seguido ante el tribunal imperial, en que la responsabilidad moral y política eran exclusivamente del príncipe. En cambio, el servilismo que reinaba en el alto Consejo de Estado y que muchas veces excitó las iras de Tiberio, daba lugar a sangrientas orgías. A lo menos Tiberio tuvo el buen acuerdo de suprimir el terrible sistema de ejecutar las sentencias de muerte inmediatamente después de haber sido pronunciadas, disponiendo el año 22 que ninguna sentencia del Senado pudiera ejecutarse hasta pasados diez días de haber sido publicada. De esta manera cuando un acusado daba lugar a que se pronunciara la sentencia, no habiéndose suicidado antes, como era muy frecuente en aquellos tiempos terribles y en los tres siguientes principados, le quedaba la esperanza de que el emperador le indultara.

Mucho más funesto aun y característico para la vida pública de la capital desde el primer siglo de la era cristiana hasta la muerte de Domiciano, fue que esta clase de procesos crearon una raza especial y repugnante, la de los *delatores*.

Entonces como posteriormente, no existía en Roma un acusador público; las denuncias por crímenes de alta traición se dejaban a manos de acusadores voluntarios; y sabemos que desde la muerte del antiguo Catón, en parte la frivolidad de los jóvenes y en parte la pasión de partido dieron lugar a que se abusara de este derecho. Entonces, como Tiberio favorecía tales acusaciones en sus luchas con la aristocracia, pues no quería que se oxidase el arma terrible de las leyes contra los crímenes de alta traición, no escasearon los acusadores, gente de todas categorías, entre ellos muchos senadores que por diversos motivos convertían en negocio

aquella caza sangrienta. El deseo no muy raro de perseguir a otros criminalmente, la intención servil de ganar con tales acusaciones el favor de Tiberio, y el propósito más repugnante aun (según la mala costumbre romana que permitía las depredaciones) de enriquecerse con las recompensas que se daban a los denunciadores, eran los principales motivos que conducían a la acusación y a la denuncia. Otras veces, y no escasas, eran el espíritu de venganza o de malicia particular y la envidia los que contribuían al desarrollo de la venenosa planta de las delaciones por la capital, y muchas veces daban lugar a vergonzosas intrigas para derribar a un personaje odiado o incómodo. Así se extendió sobre Roma un fuerte espíritu de espionaje, y teniendo en cuenta la antigua tendencia de los romanos a la sátira y al lenguaje suelto y libre, los delatores encontraron abundante trabajo, pues les fue muy fácil establecer denuncias de crimen de lesa majestad para perder a hombres de quienes no podían deshacerse atacándolos de otra manera. Este trabajo repugnante, renovado y continuado constantemente por el espíritu pendenciero del pueblo romano, no dejaba de ser peligroso, no solo porque las acusaciones falsas o que no daban resultados llevaban consigo severos castigos para los delatores, en algunos casos el destierro o la muerte, sino porque sucedía casi siempre que en las familias que habían sufrido bajo tales ataques se despertaba el espíritu de venganza. Si por casualidad un nuevo emperador se separaba completamente de los procedimientos de su antecesor en los asuntos de crimen de alta traición, en seguida eran acusados a su vez los odiados delatores, especialmente los que poseían bienes, siendo completamente indiferente que sus anteriores víctimas fueran o no culpables. Además, la tendencia peligrosa de separarse de los antiguos procedimientos de derecho en procesos de esta clase, empleando muchas veces la tortura contra hombres libres, y a fin de tener a los esclavos como testigos contra sus señores, comprarlos por cuenta del Estado, hicieron de los procesos de alta traición uno de los lados sombríos de la justicia política romana del primer siglo. En las sentencias eran más frecuentes las penas de muerte que las de destierro, por lo que, cuando el procesado no se apresuraba a suicidarse, a la sentencia seguía la confiscación de los bienes y la nulidad del testamento.

Las persecuciones jurídicas contra las manifestaciones libres del espíritu, aun tratándose de ideas excesivamente atrevidas, los procesos políticos, y especialmente las ejecuciones políticas y el empleo de la justicia criminal como arma política, han sido en todo tiempo juzgados severamente por la crítica histórica. La memoria de Tiberio hasta nuestros días ha tenido que sufrir las consecuencias de que al escribirse la historia romana, aun después de la batalla de Accio, se ha dado la preferencia a los sucesos que se verificaban en Roma. No hay que negar que los procesos de lesa majestad, que empezaron en el año 15 y que posteriormente adquirieron gran incremento en número y en crueldad en la época del favor y de la caída de Seyano y en la de la pérdida de Agripina, causan penosa impresión, aunque los procesos de esta clase que nos son conocidos no pasan de 147 y no todos terminaron con sentencia. La imparcialidad histórica nos obliga a reconocer que aparte de esta vergonzosa guerra de procesos, dirigida principalmente contra los muchos adversarios aristócratas del emperador, la administración de Tiberio puede considerarse como muy beneficiosa. Tiberio cuidó constantemente y de un modo eficaz del orden y seguridad interior y exterior del imperio. A excepción de los procesos políticos, solo merece alabanzas la administración de justicia de su época. Tiberio, que tenía el cuidado de dejar largo tiempo en sus empleos a los hombres inteli-

gentes y trabajadores, examinaba hasta la minuciosidad la conducta de los gobernadores.

Persiguió las exacciones y las arbitrariedades de los empleados de provincias aun con mayor rigor y constancia que Augusto. Pero lo que más se presta a la alabanza es su actividad como hacendista. Personalmente rechazó las herencias que siguiendo la costumbre de aquellos tiempos y por miedo, adulación u otros motivos, le dejaban las personas ricas, muchas veces en perjuicio de los demás herederos. Hombres de alto nacimiento que habían venido a menos y que por haber perdido sus bienes se veían obligados a separarse del Senado, recibían un presente imperial que les libertaba de aquella ignominia, cuando su ruina no era debida a su propia culpa. Llevó Tiberio la dirección de los ingresos del fisco con tan exagerada economía y habilidad, que a su muerte dejó un tesoro de 2,700 millones de sestercios (734.133,375 pesetas), y como por otra parte adoptó excelentes medidas en asuntos de administración y de gobierno, no puede clasificarse este emperador entre los derrochadores de dinero. Por el contrario, aprovechó el excelente estado de la hacienda y los sobrantes para acudir a cada momento y del modo más espléndido a cualquier punto de su inmenso imperio que se hallase afligido de alguna calamidad. En el año 17 un terremoto destruyó doce populosas ciudades del Asia, y Tiberio se encontró con el dinero suficiente para dar a la ciudad de Sartes, que era la que más había sufrido, 2,719,012 pesetas, le perdonó los impuestos por cinco años y socorrió a las demás ciudades de un modo análogo. Repetidas veces y especialmente el año 19, gastó enormes sumas para remediar la escasez de granos en la capital. En el año 27 un horroroso incendio destruyó todo el distrito del monte Coelio, y el emperador indemnizó a cada una de las víctimas según la pérdida que había tenido. En el mismo año el derrumbamiento de un anfiteatro en Fidena produjo gran número de muertos y heridos, y también allí el emperador remedió la catástrofe hasta donde el dinero pudo remediarla. En el año 33 presentóse una gran escasez de moneda, y el emperador para corregirla sacó inmediatamente del fisco la suma de 27.190,125 pesetas, que prestó por tres años al público sin interés de ninguna clase, y finalmente, cuando en el año 36 se incendió el distrito del Aventino y una parte del circo máximo, empleó una suma igual en indemnizar a aquellos que habían sufrido en el incendio, y en la reconstrucción de los edificios destruidos.

A una administración tan activa, apreciada especialmente por parte de las provincias, acompañó una suerte sin igual en la dirección de la política exterior. Respecto de los enemigos más peligrosos de los romanos, el valiente cherusco Arminio y el poderoso rey Marobodo, continuó siguiéndose el plan adoptado por el emperador en los asuntos de Germania cuando llamó al príncipe Germánico. Apenas hubieron cesado los ataques de las legiones contra el interior de Alemania se empezó una sangrienta guerra entre los dos grandes generales germanos, guerra que desde aquella época se repitió con harta frecuencia y gran contentamiento de los romanos, pues que con ella se destruía la fuerza de los temidos *bárbaros*. En el año 17 los longobardos y los semnones se declararon en favor de Arminio, mientras que el anciano Ingomaro tomaba partido por Marobodo, y en el territorio situado entre el Saale y el Elba probaron ambos príncipes la táctica militar que habían adquirido en su roce con los romanos. La batalla principal quedó indecisa bajo el punto de vista del arte militar, pero concluyó con una tremenda derrota para Marobodo, porque la retirada que emprendió por motivos de táctica fue considerada como una fuga por sus vasallos. Apenas hubo desaparecido el prestigio de sus

triumfos militares, empezó la decadencia del poderoso jefe, teniendo que escapar a Bohemia y llamar a los romanos en su auxilio. Entonces recibió el fruto de la gratitud romana por la conducta que había observado el año 6, siendo rechazada su demanda de socorro. En cambio el príncipe Druso tomó el mando del ejército ilírico para observar desde el Danubio el curso de los sucesos en el destruido reino de Marobodo y ayudar a su completa disolución por medio de una pérvida diplomacia. En estas circunstancias, pronto estuvo Marobodo completamente perdido. Reducido a la Bohemia, vió como el joven Catualda, jefe de los gotones de la orilla derecha del bajo Vístula, a quien en otro tiempo había expulsado, poseído del espíritu de venganza invadió los valles de la Moldavia y arrastró tras sí a los marcomanos. La situación de la capital y del castillo del rey hizo insostenible y en el año 19 quedó destruido el temible poder de los marcomanos y Marobodo tuvo que refugiarse como fugitivo en Nórica, playa romana. Con el dálmata Bato y el pequeño Tusnético fue enviado a Rávena, en donde sobrevivió aun diez y ocho años a su caída.

Los visigodos dejaron así de ser peligrosos para los romanos durante muchos años, pues que el mismo Catualda, que se había apoderado en Bohemia de la herencia de Marobodo, no supo conservarla, cayendo el año 20 ante los ataques de un partido contrario, apoyado por los hermanduros, y viéndose también obligado a refugiarse entre los romanos, que le dieron por residencia el *Forum Julii* en las Galias (Frejus). En cambio los muchos vasallos que le habían seguido, así como los que habían seguido a Marobodo, fueron obligados por los romanos a repasar el Danubio y a establecerse en las fronteras del pueblo cuado, entre los ríos March y Waag (ó Grau), donde les dieron por jefe el cuado Vanio. No fue menos grato para los romanos el hecho de que al propio tiempo los compatriotas del cherusco Arminio le inutilizaran. Para Tiberio fue una gloria el rechazar como rechazó en el año 19 con orgullo menosprecio la criminal petición del príncipe cato Adgandestrio, que celoso de Arminio, deseaba que le dieran veneno para acabar con él. Pero el espíritu de independencia y de libertad anárquica, pecados originales de la raza germánica, se mostraron prepotentes entre los príncipes cheruscos contra los planes de Arminio. Este al parecer quería hacer de su ducado una especie de poder real reuniendo en un solo haz la fuerza guerrera de su pueblo, y en el año 21 y a consecuencia de una guerra intestina, pereció a traición. Tal fue también posteriormente la historia de un gran número de hombres sobresalientes que dedicaron su vida a engrandecer y defender la nación alemana. Las luchas entre los cheruscos sobrevivieron a la caída de Arminio y libraron a los romanos del temor que les inspiraba aquella raza, cuya importancia en la Germania pasó en parte a los caudos y en parte a los catos. Solo en el año 28 fue preciso dominar a los frisones, que se sublevaron a causa de la manera ruda con que un oficial romano trató de aumentar la contribución, que pagaban en pieles de buey.

A parte de este ligero incidente, Tiberio con ayuda de las bien disciplinadas y bien pagadas legiones, pudo mantener en todas partes la paz y la seguridad exterior del imperio durante su largo reinado. No quiere decir esto que lo consiguiera sin lucha, pues en el año 17 el guerrero caudillo Tacfarinas, jefe de los musulamios nómadas, se hizo peligroso para la tranquilidad del Africa, hasta que en el año 24 el procónsul P. Dolabella consiguió derrotarle completamente y matarle. En las agrestes montañas de la Tracia tuvieron que reprimirse en los años 21 y 26 algunas sublevaciones de los montañeses, y lo mismo sucedió el año 36 con una tribu cilicia. Todos estos combates no tuvieron importancia algu-